ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

¡VALIENTE SOCORRO!

Juguete cómico

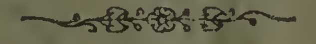
EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

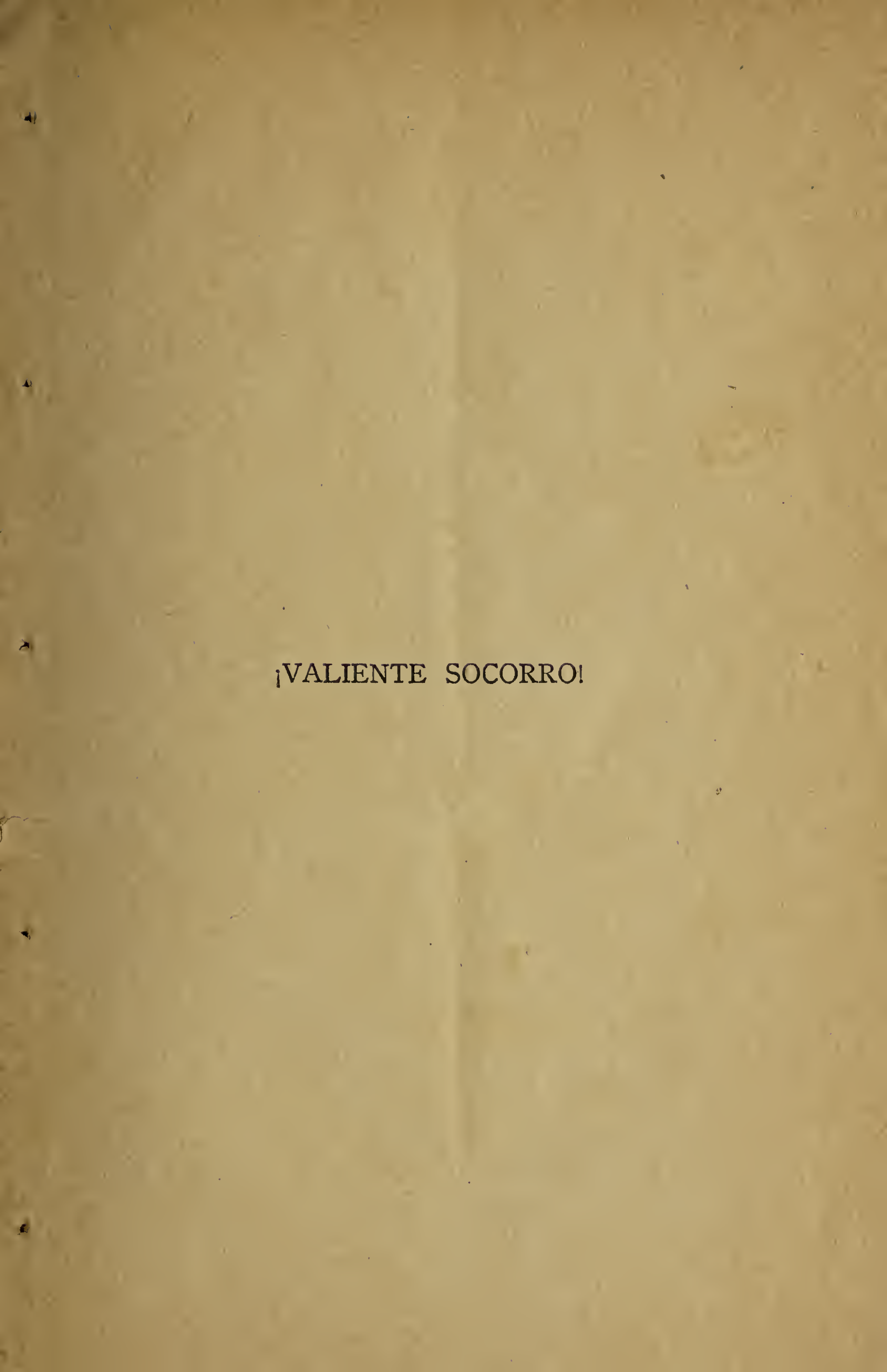
DON RAMÓN DE MARSAL

Estrenado con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA, la noche del 16 de Febrero de 1889, á beneficio de la inimitable primera actriz

DOÑA JOSEFA GUERRA



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO.
1889



¡VALIENTE SOCORRO!

¡VALIENTE SOCORRO!

Juguete cómico

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

DON RAMÓN DE MARSAL

Estrenado con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA, la noche del 16 de Febrero de 1889, á beneficio de la inimitable primera actriz

DOÑA JOSEFA GUERRA



MADRID: 1889.
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, 1.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOCORRO...........	Doña Josefa Guerra.
AUREA.............	» Julia Martínez.
FILOMENA...........	» Carlota Lamadrid.
FEDERICO...........	Don Enrique Sánchez de León.
RICARDO............	» Juan Balaguer.

APUNTADORES (1)

1.° Don Federico Guzmán Díez.
2.° » Roque Royo Baltasar.

La acción se supone en Madrid.—Época actual.

(1) Esta es la primera obra dramática en la cual figuran en el reparto los nombres de los apuntadores que la estrenaron, rompiendo de este modo la injustificada costumbre que ha habido hasta ahora de omitirlos.

AL REPUTADO ESCRITOR

DON ANTONIO CORTÓN,

Secretario de la Asociación de Escritores y Artistas.



Socorrida con creces ha sido esta modesta producción con los reiterados aplausos que el público le ha concedido y el halagüeño juicio que la prensa le ha dispensado; pero unida á estas honrosas manifestaciones quiero que lleve otra que le sirva de guía y escudo en la larga peregrinación que forzosamente va á emprender por esos mundos de Dios, y ese precursor y egída es tu celebrado nombre.

Conozco que la obra es muy humilde para que figure al frente de ella el eximio nombre del autor de *Pandemonium*, pero al colocarlo en su primera página, es porque tengo la firme persuasión de que con tan *valiente socorro* adquirirá un esmalte tal, que sin él indudablemente no podría ostentar.

Acepta, pues, gustoso su dedicatoria, no por lo que ella vale, sino como una débil muestra del afecto que te profesa tu compañero y amigo,

Ramón de Marsal.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

¡Lagartijo y Frascuelo!
De mal en peor.
Zapatero... á tus zapatos.
En la boca del lobo.
Cambio de vía.
El primer indicio.
El arco íris.
¡Esta y no más!
Errar el golpe.
¡Paso atrás!
La Plaza Mayor el día de Noche-Buena.
De la quinta al sétimo.
Se aguó la fiesta.
¡A vivir!
Los corridos.
¡Puf!
¡Valiente socorro!

ZARZUELAS

Por asalto.
Salud.
Agencia teatral.
Término medio.

ACTO ÚNICO.

La escena figura una sala lujosamente amueblada al gusto del día. Puerta al foro, dos á la derecha y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón aparecen AUREA, delante de un espejo, y FILOMENA.

AUR. Jesús! por más que maquino, nada; no logro mi deseo. Hoy que quisiera estar radiante de hermosura, me parece que estoy poco menos que fea.

FILOM. Por Dios, no diga usted semejante cosa; pues si está usted hecha una Friné.

AUR. (Separándose del espejo.) Quién es esa señora?

FILOM. Una mujer muy guapa que hubo en Grecia y que servía de modelo á un pintor llamado don Praxitéles; aunque malas lenguas añadían que era su arreglillo.

AUR. En dónde has aprendido todas esas historias que contínuamente te oigo referir?

FILOM. Se lo diré á usted. La primera vez que fuí doncella fué en una casa de huéspedes de las de seis reales con principio.

AUR. Buen principio sería!

FILOM. Para ganar la gloria.

AUR. Lo creo.

FILOM. Pues en ella había un poeta... pobrecillo!

AUR. Estaría tronado, de seguro.

FILOM. Quiá, no señora; huracanado! Pero, era muy curioso, eso sí. En cuanto algún huesped ensuciaba el suelo con una colilla, ya le tenía usted recogiéndola.

AUR. Já, já, já!

FILOM. Qué cabeza tenía y qué pico! Hablando, daba el ópio á cualquiera. Como yo tengo tan buena memoria, de oirle solamente aprendí una infinidad de cosas. Pues, y barato! como ninguno.

AUR. Cómo barato!

FILOM. Vaya! Por un habano de diez céntimos me llenó de versos un abanico del tamaño de medio paraguas abierto.

AUR. Trabajando de ese modo, no se haría muchos trajes.

FILOM. El único que tenía estaba en un estado tan lastimoso, que no le permitía salir á la calle más que por las noches.

AUR. Infelíz trovador!

FILOM. El día que el ama le puso de patitas en el arroyo porque no le pagaba un trimestre que le debía, se despidió, diciéndome: Adiós, Agláe. Si algún día hallo el cuerno de Amaltea, te llevaré á mi Olimpo, serás mi Calíope y te pondré un coche con dos pegasos y un Faetonte.

AUR. Mira, déjate de esas historias que yo no entiendo, y mientras tu maestro busca el cuerno que te ha de dar todo eso, á ver si logras colocarme bien este prendido.

FILOM. Nunca he visto á la señorita tan interesada en su tocado como hoy.

AUR. Es que como don Ricardo, el amigo del señorito, viene con nosotros esta noche al baile acompañado de Almerinda, su nueva... señora, que según dice es un prodigio de belleza, no quisiera desmerecer á su lado.

FILOM. No creo que deba usted abrigar semejante temor.

AUR. Además, don Federico es muy enamorado y es necesario evitar que se fije en ella.

FILOM. Cree usted que es capaz de atentar á la propiedad de su amigo?

AUR. De los hombres hay muy poco que fiar. Cuando les gusta un fruto tanto les importa asaltar el cercado del amigo como el del extraño. No los conoces bien.

FILOM. Ay, sí señora! Sé que hay muchos Enéas por el mundo que merecían llevar el *capuchón.*

AUR. (Suena una campanilla.) Alguien llega.

FILOM. Será el señorito.

AUR. Me voy al tocador. Quiero presentarme de pronto para ver el efecto que le hago. Ah!, cuidado no se te escape el decirle que me ha escrito el barón del Salto. (Se va por la primera puerta izquierda.)

FILOM. Descuide usted; esas cosas no se dicen nunca. (Sobre todo cuando la correspondencia viene bien certificada.) (Moviendo los dedos como indicando dinero.)

ESCENA II.

FILOMENA.—FEDERICO, por el foro derecha.

FED. Dios te guarde, sapientísima reina de las doncellas.

FILOM. Muchas gracias.

FED. Y la señorita?

FILOM. En el tocador.

FED. Me alegro.

FILOM. Por qué?

FED. Porque así podré darte un abrazo.

FILOM. No empecemos. Ya le he dicho á usted mil veces que soy una Anaxartéa.

FED. Oh, mitóloga empedernida! Si yo te dijera que pienso regalarte una sortija, vamos á ver, qué dirías?

FILOM. (Con coquetería.) Yo... Vaya, tiene usted unas cosas!...

FED. Ven aquí, tontuela... (Abrazándola.) y no seas arisca.

FILOM. Accedo: pero no vaya usted á creer que si me dejo abrazar es mayormente por el interés. (Con afán.) Será de brillantes?

FED Y de záfiros.

FILOM. Que viene la señorita!

FED. Disimula.

ESCENA III.

FILOMENA y FEDERICO.—AUREA por la primera puerta izquierda.

AUR. Cómo! estabas aquí y no me han pasado aviso?

FILOM. En este instante iba á hacerlo.

FED. Divina, arrebatadora!

AUR. Me encuentras bien?

FED. Ni el dorado Febo al salir por el Oriente, como diría Filomena, tiene los encantos que tú.

FILOM. Usted me abisma.

AUR. Yo, ó el traje?

FED. Qué valdría esa tela y esos adornos sin el valor que les presta tu gracia y tu belleza!

AUR. Yo veo que quieres justificar la fama que tienes de galante.

FILOM. Habla el señorito como un oráculo.

FED. La verdad nunca ha sido galantería.

AUR. (Con vehemencia.) Sabe Dios que quisiera ser la mujer más hermosa del mundo, por tí, y solo por tí.

FILOM. (Si la oyera el barón del Salto le daba una congestión.)

FED. Ven, siéntate á mi lado. Quiero contemplarte abrasarme en los volcanes de tus ojos.

AUR. (Sentándose.) Como quieras, ya sabes que tu gusto es el mío.

FILOM. (Ay, qué melosos se ponen!)

FED. Déjanos, Filomena.

FILOM. (Lo esperaba.) Al momento. (Hipocritón! Todos son lo mismo; el que parece más bueno es

peor que una Euménide. (Se va por el foro derecha.)

ESCENA IV.

FEDERICO y AUREA.

AUR. Espero que me digas tu opinión respecto á este vestido, pues sé que eres voto en cuestión de modas.

FED. Es precioso.

AUR. No hay quien confeccione como madama Isolina... Qué gusto tiene! Algo cara es, pero en cambio no tiene rival.

FED. Te prohibo terminantemente que te apures por eso.

AUR. Qué bueno eres! (Si lo sé le hago poner quinientos reales más.)

FED. Qué feliz soy á tu lado!

AUR. No me engañas?

FED. (Con decisión.) Te lo aseguro.

AUR. (Intencionadamente.) Y tú... esposa?

FED. Mira, no me hables de cosas tristes.

AUR. No quieres que me preocupe...

FED. No. Ya te he dicho varias veces que la mujer propia no tiene importancia. Es una patente que se adquiere para tener cierta representación social.

AUR. Excusas.

FED. Estás en un error. Los hombres de cierta clase hacemos un mal papel siendo solterones. Figúrate que un día en el Congreso se suscitara una cuestión de moral doméstica: no sucederá, pero figúrate que sucediera; ya me tenías á mí inutilizado para hablar, mudo.

AUR. Es posible!

FED. Como las ranas de Serfo, que diría Filomena, y que según Plinio no cantaban nunca.

AUR. Pero, por qué?

FED. Es muy sencillo. Cómo, siendo célibe, me levantaba á pedir la palabra y á exclamar, por ejemplo: (Con entonación levantada.) Ah, señores! Es

preciso que nos apiñemos para defender la moral; el sagrado del hogar, el sagrado de la esposa, el sagrado de los hijos, el sagrado de las suegras... Imposible! No haría efecto aunque estuviera soltando sagrados un mes entero.

AUR. Es decir, que tienes hijos y me lo habías ocultado?

FED. Yo?

AUR. (Incomodada.) Sí, porque si no los tuvieras no los citarías.

FED. El hombre casado puede ocuparse de ellos, aunque no los tenga, porque está considerado como padre... futuro.

AUR. (Con cariño.) Federico, dime la verdad. Los tienes ó no los tienes?

FED. Qué pesadéz! No, mujer, no.

AUR. De veras?

FED. Te juro que aún no estoy reproducido.

AUR. No insisto más.

FED. Sí, dejémonos de rorros y hablemos de lo que nos vamos á divertir esta noche. Tenemos el mejor palco del teatro; un proscenio de los más codiciados.

AUR. A qué hora vendrá Ricardo?

FED. Ya debía estar aquí.

AUR. Tengo vivísimos deseos de conocer á su ponderada conquista. La conoces tú?

FED. No; pero estoy seguro que, por grande que sea su belleza, palidecerá al lado de la tuya.

AUR. (Con zalamería.) No digas esas cosas.

FED. (Abrazándola.) Me tienes loco.

ESCENA V.

FEDERICO, AUREA y RICARDO, por el foro derecha.

RIC. Que aproveche.

AUR. Ricardo!

RIC. Si estorbo, me retiraré.

FED. Pasa, hombre, pasa.

RIC. Jamás he visto una pareja de tórtolos tan arrulladores.

FED. En este instante nos estábamos ocupando de tí.
AUR. Ciertamente.
RIC. Ya lo he visto, aunque no veo la tostada.
FED. Lo dudas?
RIC. No lo dudo; pero lo que no me explico es que os ocupéis de mí estrechando tanto las distancias. (Marcando un abrazo.)
FED. Já, já, já!
AUR. Cómo viene usted tan solo?
FED. Y Almerinda?
RIC. Dentro de un rato vendrá.
AUR. Qué deseos tengo de conocerla!
RIC. Pues pronto serán satisfechos.
AUR. Ya es hora que se descubra esa incógnita.
FED. Como resulte ser alguna conocida, prepárate á recibir una grita.
RIC. Ya te he dicho que es nueva en la plaza.

ESCENA VI.

FEDERICO.—AUREA.—RICARDO.—FILOMENA con un envoltorio, por el foro derecha.

FILOM. Señorito?
FED. Qué quieres?
FILOM. Entregarle esto que me han dado para usted.
FED. Ah, sí; será el frac y el chaleco que encargué á Braulio que trajera sin que lo notara doña Socorro. ~~Já, já,~~ já!
RIC. Mi equipo está en casa de Almerinda desde ayer. Aprovechando un instante en que aquélla... mi mujer, salió á comprarle botitas al niño, me lo planté debajo del gabán, y le hice cambiar de domicilio. Já, já, já!
FILOM. (Vaya un peje!)
FILOM. Dónde lo dejo?
FED. ~~Allá dentro~~, en el gabinete.
AUR. Yo lo llevaré. Les dejo á ustedes por un momento. (Coge el envoltorio y se va por la primera puerta derecha.)
RIC. Hasta luego.
FILOM. Manda usted alguna cosa? (A Federico.)

FED. Por ahora no.
RIC. Cada día está más bonita esta muchacha
FILOM. Muchas gracias. (Qué par de truchas!)
FED. Ya lo sabe ella.
FILOM. Con su permiso (Dirigiéndose al foro)
RIC. Uyuyúy! Vaya un piececito!
FILOM. (Picarescamente.) Pues tengo dos. (Enseñándolos con coquetería.) (Qué Pílades y qué Orestes! Ay! Dios me libre de tales sátiros.) (Se va por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

FEDERICO y RICARDO.

RIC. No es mal bocado.
FED. De *cardenali.*
RIC. En mi casa no podría estar.
FED. Por qué?
RIC. Porque mi mujer no la admitiría. Tengo una servidumbre que podría figurar muy bien en un museo de rarezas y antigüedades.
FED. Exactamente á lo mismo me tiene condenado la mía.
RIC. Vamos á ver: de qué pretexto te has valido para pasar la noche lejos de ella?
FED. De seguro que te mueres de risa si hubieras presenciado la escena que le representé. Hace una hora llego á casa, tiro del timbre con tal fuerza que casi le hago saltar; entro, derribando muebles, y... cataplúm! arrojo el sombrero dejándolo hecho una tortilla.—Qué tienes! exclama.—Malditos sean los electores y la hora en que me votaron!—Federico, me asustas!—No vuelvo á ser diputado aunque me empalen.—Esta es una frase que los padres de la patria soltamos muchas veces, pero que no es verdad.
RIC. Lo sé.
FED. Dios mío!—dice, echándome los brazos al cuello.—Pero, qué pasa?—Que el ministro acaba de recibir de Suecia una nota diplomática muy grave, y nos ha convocado á unos cuantos de la

mayoría para que sin demora nos reunamos en su despacho, á fin de estudiar lo que se debe resolver, y probablemente tendré que pasar allí toda la noche.

RIC. Magnífico! piramidal!

FED. Después, mirándola con el arrobamiento propio de un enamorado primerizo, continué fingiendo el mayor disgusto: (Con entonación levantada.) Y tal contratiempo me es mucho más sensible, porque precisamente esta noche había yo renunciado á asistir no sé á cuántas partes por estar contigo... Esta noche, que yo pensaba... esta noche, en fin, que es una noche.... Já, já, já! Y se quedó tan conforme. Y tú, qué le has dicho á la tuya?

RIC. Que iba de parto.

FED. Caracoles!

RIC. No te asustes. Ese es el recurso supremo de los médicos. En cuanto cae algo que hacer, enseguida nos vamos de parto.

FED. Si nos descubrieran!...

RIC. No lo digas, porque al pensarlo solamente me dan ganas de pedir socorro.

FED. Dichoso tú que lo puedes pedir! Yo no lo reclamaría aunque me asaltaran una partida de bandoleros.

RIC. Por qué?

FED. Por miedo que apareciera mi mujer.

RIC. Já, já, já!

FED. Qué gran socorro me prestaría el que se llevara á mi Socorro!

RIC. (Mirando el reloj.) Demonio! Te dejo. Son las diez y media y esta tarde le dije á Almerinda que á las once iría por ella.

FED. Pues mientras vas á buscarla me llegaré al Congreso por un pliego que le dejé á un ordenanza para que lo llevara á casa si á las once no había yo ido á recogerlo. Es un *Besa la mano* urgente por si no lograba convencer á aquella.

RIC. Admiro tu talento!

FED. (A Filomena que sale por el foro izquierda.) Filomena, si la señorita pregunta por nosotros, díle que enseguida volvemos.

FILOM. Está bien.

FED. (A Ricardo, que está embobado mirando á Filomena.) Anda, hombre, y no la mires más. (Aparte á Filomena) Pecaminosa!

FILOM. Lagarto!

ESCENA VIII.

FILOMENA.

Vaya unos maridos! Está visto; los hombres son como la romana del infierno: entran por todo. Al ver estos ejemplos me pareco increible que haya una sola que quiera ser Penélope ni Susana.

ESCENA IX.

FILOMENA.—AUREA, por la primera puerta derecha.

AUR. No están?

FILOM. Acaban de salir y me han encargado le diga á usted que no tardarán en volver. (Si no fuera por lo de la sortija, armaba un cisco...)

AUR. (Buena ocasión para escribirle á la modista. Le mandaré la cuenta para que la rehaga, aumentándole algo más. Hay que aprovechar las oportunidades) Filomena, ven. Voy á poner dos letras á madama Isolina y mañana temprano se las llevas y aguardas contestación.

FILOM. Apropósito de contestación: y si me espera el barón del Salto, qué le digo?

AUR. Le dices .. No, por ahora nada.

FILOM. Entendido. (Eso quiere decir que lo destina á la reserva.) (Se van por la primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

SOCORRO.

(Suena un fuerte campanillazo, después otro más prolongado y á poco sale sumamente agitada por el foro derecha. Recorre la escena mirando por todas las puertas; baja rápidamente al proscenio, se pára,

y después de una breve pausa, dice, dirigiéndose al público:)

Ustedes creerán que yo soy una señora? Pues no hay tal cosa; están ustedes en un error. No soy una señora; soy un ogro, un cocodrilo dispuesto á devorar todo lo que encuentre. Sea usted buena esposa, ame con toda la efusión del alma á su marido, para obtener por recompensa una decepción horrible. Figúrense ustedes que llega á casa hecho un energúmeno porque tenía que ir á pasar la noche en el ministerio para arreglar.....no sé qué asunto de Suecia. Pobres suecos, que ajenos estarán ellos de que mi marido los toma por pantalla para hacer el *traviato*! Procuro calmarle, y entonces, para hacerme tragar mejor la píldora, me dice, poco menos que haciendo pucheros: (Figurando imitarle.) Precisamente esta noche que pensaba no separarme de tu lado! Esta noche, que por estar contigo había renunciado á asistir al baile de la embajada de Turquía, y á la de Rusia, y á la de Austria, y á la!... Vámos, que puso en baile todas las embajadas, incluso la China. Se necesita valor para hacer bailar á los chinos! Por fin concluye sus lamentaciones y se va. De pronto me asaltan deseos de saber si todos aquellos aspavientos y jeremiadas eran una farsa. Tomo la puerta y voy al ministerio; pregunto si está el ministro y me dicen los porteros: Su excelencia hace dos días que no ha venido porque tiene un pequeño empacho. Esto me descubrió dos cosas: que mi esposo es un Sardanápalo y que un ministro puede empacharse. Salgo y me encuentro al ayuda de cámara con un lío. Le detengo, se turba, le interrogo, vacila, insisto y por fin me revela más de lo que yo esperaba. En cuanto lo coja me parece que dejo á la patria huérfana de un padre. Pues y el mediquito! Al venir hacia aquí he subido á su casa y le he descubierto á su mujer todo el gatuperio. Bien hecha le dejo la cama! Así que lo pesque mi amiga lo va á poner para que lo lleven á los Incurables. No

se oye ni una mosca. Se habrán ido ya al baile? Si lo averiguo voy allá y le saco aunque se esconda dentro del bombo de la orquesta.

ESCENA XI.

SOCORRO.—FILOMENA, por la primera puerta izquierda.

FILOM. Una señora!

SOC. Buenas noches.

FILOM. Muy buenas.

SOC. Está la...? (Jesús lo que iba á decir!)

FILOM. Quién?

SOC. Doña... Aurea. (Este será un nombre de guerra, de fijo; el verdadero puede que sea Gervasia, Eudóxia ó Rufa.)

FILOM. Calle! es usted por ventura la amiga de don Ricardo?

SOC. Cómo!

FILOM. Sí; doña Almerinda.

SOC. (La otra vengadora)

FILOM. Hace rato que la estamos esperando. Voy á avisar á la señorita.

SOC. (Oh, qué idea!) Espere usted un momento. Está sola?

FILOM. Sí. Don Ricardo y don Federico han salido hace poco, pero no tardarán. Si supiera usted qué ganas tiene de conocerla!

SOC. Pues y yo á ella!

FILOM. (Con intención.) Y eso que no le gusta que entre aquí ninguna mujer.

SOC. Por qué?

FILOM. Porque como don Federico es de los de tantas veo tantas quiero, teme que el pájaro se le escape.

SOC. (Está claro; antes querrá desplumarle.)

FILOM. Es un Cupido!... Estoy segura que en cuanto la vea á usted le suelta algún piropo.

SOC. (Lo dudo.)

FILOM. Ni yo estoy libre de él.

SOC. Sí, eh? (Tengo los nervios en combustión)

FILOM. Luego se trae unos argumentos... Hoy mismo me ha prometido una sortija.

SOC. (Jesús!) Vaya usted, vaya usted y anúncieme á esa señora.

FILOM. Aquí viene.

ESCENA XII.

SOCORRO y FILOMENA.—AUREA, por la primera puerta izquierda.

AUR. No estás sola?

FILOM. Con la señorita doña Almerinda.

AUR. Cómo! es usted?

SOC. Precisamente.

AUR. (Pues no es tanto como la ponderaban.)

FILOM. Tiene la señorita algo que mandarme?

AUR. No.

FILOM. Entonces me retiro. (Se va por el foro derecha.)

AUR. Tenga usted la bondad de tomar asiento.

SOC. Gracias.

AUR. Nada de cumplidos: hágase usted cuenta que esta es su casa.

SOC. (Es fácil que sea yo quien la pague.) Voy á complacerla.

AUR. Aquí, á mi lado. (Se sientan en un confidente.) Quiero que desde este instante nos tratemos como dos buenas amigas.

SOC. Por mi parte con mucho gusto.

AUR. Tendré sumo placer en que nuestra amistad sea tan grande como la que se profesan nuestros... ya sabe usted, nuestros...

SOC. Primos.

AUR. Cómo!

SOC. O lilas; como usted quiera. Llamémosles por su nombre, ahora que no nos oyen.

AUR. Já, já, já! (Maliciosamente.) Veo que es usted maestra.

SOC. (Idem.) Así, así. No cree usted que tengo razón?

AUR. De sobra; pero la suerte es que no lo conocen.

SOC. Pues si lo conocieran!...

AUR. Eramos perdidas.

Soc. Así y todo hay quién lo es.

Aur. Lleva usted un abrigo precioso. Apostaria cualquier cosa que es regalo de Ricardo.

Soc. Efectivamete.

Aur. Si es tan espléndido con usted como Federico conmigo, desde luego puede darse por satisfecha.

Soc. Sí, eh?

Aur. Vaya! No se pasa día sin que me haga algún obsequio. Este traje es uno de ellos.

Soc. Eso prueba que la quiere mucho.

Aur. Dice que le tengo *chiflado.*

Soc. Já, já, já! Me está usted haciendo pasar un rato delicioso.

Aur. Conoce usted á su mujer?

Soc. No.

Aur. Creo que vale muy poco, y además que tiene un carácter... en una palabra: que es de caballería.

Soc. Já, já, já! (Haciendo un movimiento como para arañarla y dominándose enseguida.) Conque de caballería! (Me parece que voy á hacer una curva de esta *horizontal.*)

Aur. Pero, hablando de otra cosa. Noto que viene usted muy sencilla para ir al baile.

Soc. No he querido vestirme.

Aur. (Con intención.) Ya comprendo. Piensa usted pasar toda la noche en el palco al lado suyo.

Soc. Me admira su penetración.

Aur. Pues yo le he dicho á Federico que quiero bailar aunque sea una habanera! Las habaneras me encantan. A usted le gustan?

Soc. Mucho! sobre todo las de última moda.

Aur. (Marcando el movimiento.) Esas que va una balanceándose... balanceándose...

Soc. (Idem.) Y subiendo y bajando los hombros, como si se sacudiera las moscas.

Aur. Es verdad.

Soc. Pero cuánto tardan! (Suena una campanilla.)

Aur. Ellos deben ser.

Soc. Dónde podría ocultarme?

Aur. Para qué?

Soc. Quiero dar una broma á Ricardo.

Aur. En esa habitación. (Indicando la primera de la derecha.)

SOC. No les diga usted que he venido.

AUR. Pierda usted todo cuidado.

SOC. (Quisiera que las uñas se me transformaran en lancetas.) (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XIII.

AUREA.—FEDERICO, por el foro derecha.

FED. Ea, ya me tienes á tus órdenes. (Dejando el sombrero sobre un velador.)

AUR. Y Ricardo?

FED. Yo le creía ya aquí.

AUR. Pues te equivocaste.

FED. Estará ayudando á su Dulcinea á darse los últimos toques.

AUR. Tal vez. Já, já, já!

FED. De qué te ríes?

AUR. De nada, hombre; es que me has hecho gracia.

FED. Mientras llega, voy á ponerme el frac, el uniforme de las grandes solemnidades.

AUR. (Deteniéndolo.) No.

FED. Por qué?

AUR. Espera un poco; yo iré por él.

FED. Y por qué no he de ser yo?

AUR. Porque no puedes entrar ahí... y no me pidas explicaciones.

FED. Al contrario; las pido, las exijo.

AUR. Baja la voz, escamón. (Con misterio.) No puedes entrar, porque está...

FED. Quién?

AUR. Almerinda. Me ha encargado que no lo diga, y por eso te lo oculto.

FED. Pero, por qué se ha escondido?

AUR. Porque quiere darle una broma á Ricardo.

FED. (Con interés.) Es bonita?

AUR. (Despreciativamente.) Yo no le encuentro gran mérito.

FED. Es joven?

AUR. Menos que bonita. Se aproxima á lo que vosotros llamais jamón bien conservado.

FED. (No me disgusta el género.) Voy á mirar por la

cerradura.

AUR. (Impidiéndoselo.) Federico!

FED. No miraré, celosilla.

AUR. Lo soy.

FED. ~~Já, já,~~ já! Ea, no te enojes y dáme un abrazo. (Abrazándola.) Ya la veré cuando venga Ricardo.

ESCENA XIV.

AUREA.—FEDERICO.—RICARDO, con una carta por el foro derecha.

RIC. Me he lucido!... (Sin quitarse el sombrero.)

FED. Hombre, de tí...

RIC. (Marcando un abrazo.) Os estábais ocupando; ya lo veo.

FED. Qué tienes?

AUR. Viene usted muy sofocado!

RIC. Malditos sean los tíos, y el que los inventó!

FED. A tí te pasa algo.

RIC. Y aun algos. Llegó á casa Almerinda, y al pisar el primer escalón me da el portero esta carta y me dice: No suba usted.

FED. Demonio!

RIC. Infierno! digo yo.

FED. Por qué?

RIC. (Dándole la carta.) Lee y lo sabrás.

FED. (Leyendo:) «No puedo acompañarte al baile. En el último tren ha llegado un tío que no esperaba, y me es imposible dejarle. (Mirando intencionadamente a Aurea.) Si se duerme pronto haré una escapatoria para ir á la segunda parte, aunque sólo sea á cenar. Su estancia en ésta no será más que de veinticuatro horas. Adiós, nenito mío. Tuya, Almerinda.»

AUR. Conque un tío!... (Haciendo esfuerzos por contener la risa.)

FED. Vaya un tío!... (Idem.)

AUR. Pícaro tío!... (Sin poder casi dominar la risa.)

FED. Ay, qué tío!... (Idem.)

RIC. Parece que os hace gracia!

FRD. (Bajando la voz.) Inocente!

AUR. (Idem.) Cándido!

RIC. No me faltaba más que vuestra burla para aumentar mi desesperación.

FED. (Aparte á Aurea.) Yo voy á descubrirle la verdad.

AUR. (Idem á Federico.) Pero, hombre...

FED. No quiero que sufra.

AUR. (Luego dicen que las mujeres somos habladoras.)

FED. Ven aquí, tonto. Está allí.

RIC. Quién?

FED. Ella.

RIC. Imposible!

FED. Díselo tú, á ver si lo cree.

AUR. Sí señor; allí está.

RIC. Pero á qué fin?..

AUR. Con el de darle á usted una broma.

RIC. (Con gran regocijo.) Ah, pícara! Corro á sorprenderla.

FED. Sí, corre, nenito, corre y castígala con un fuerte abrazo.

RIC. Te obedeceré.

AUR. Cuidado con referirle que nosotros le hemos dicho una palabra.

RIC. Por supuesto. (Se va corriendo por la primera puerta derecha.)

ESCENA XV.

FEDERICO y AUREA.

AUR. Charlatán!

FED. He hecho bien. Pobrecillo! No has visto que desesperado estaba? Estoy seguro que le he vuelto el alma al cuerpo.

AUR. Sí, pero...

FED. Déjate de peros. Yo me pongo en su caso y juzgo lo que habrá sufrido por lo que yo sufriría en semejante circunstancia.

AUR. (Con mucho mimo.) Te afectaría tanto como á él, vidita?

FED. (Con resolución.) Si un incidente cualquiera me privara pasar la noche á tu lado, me moría.

AUR. De verás?

FED. No lo dudes: mañana tenía que hacer *La Funeraria.* Y tú?
AUR. Me moría también.
FED. Oh, dicha!
AUR. Pero, no nos moriremos, eh?
FED. Nunca, jamás. Dáme un abrazo. (Abrazándola.)

ESCENA XVI.

FEDERICO y AUREA.—RICARDO, por la primera puerta derecha.

RIC. (María Santísima!) Dejad de ocuparos de mí. (Marcando un abrazo.)
FED. Comprendo la indirecta.
AUR. Já, já, já!
FED. Qué hay?
RIC. (Muy turbado.) Pues... hay... (Haciéndole señas que se vaya, procurando que no lo note Aurea.)
AUR. Se ha incomodado?
RIC. Quiá! (Repitiendo las señas con mayor afán.)
FED. (No entiendo...) (Mirando alrededor.)
AUR. Qué buscas?
FED. Nada.
RIC. (Uf, qué torpe!)
FED. Pero, vamos á ver; sale ó no sale?
AUR. Apostaría que tu imprudencia les ha hecho poner de monos.
RIC. (No son malos monos: orangutanes!)
FED. Vaya, yo iré por ella.
RIC. No! (Dando un grito y tomando una actitud dramática.)
FED. Bien, hombre, bien; no tomes esa actitud.
AUR. Ves cómo no me he equivocado? Dejémosles un instante para que se reconcilien.
RIC. Sí, será lo mejor.
FED. Como quieras. (Sarcásticamente.) A ver si, como médico, la curas pronto. (Se va con Aurea por la primera puerta izquierda.)
RIC. A tí sí que te van á hacer la autópsia.

ESCENA XVII.

RICARDO.

Qué situación, Dios mío! Le he dicho que la han engañado, que su esposo no está aquí, que es un modelo de fidelidad... y qué sé yo cuántas cosas más. Parece que la he convencido, pero si sale y se encuentra con él va haber la de San Quintín.

ESCENA XVIII.

RICARDO.—SOCORRO, por la primera puerta derecha.

SOC. Ha ido usted á buscar el coche?

RIC. No, sí; es decir, ahora voy. Estaba buscando el sombrero.

SOC. (Cogiendo el de Federico que estará encima del velador.) Pues si está aquí. (Qué veo, el suyo!)

RIC. Es verdad. Soy lo más torpe...

SOC. Pero ahora que reparo: si lo tiene usted puesto. Acostumbra usted á llevar dos, como los traperos?

RIC. (Esto se va complicando.) Diré á usted...

SOC. Comprendo; los ha traido distraidamente.

RIC. Eso es.

SOC. Entonces me va á conceder que haga una buena obra.

RIC. Concedido. (Qué obra será!)

SOC. Estando en aquellas habitaciones me dió la idea de asomarme á un balcón, y debajo ví un pobre con uno muy estropeado; voy á darle éste.

RIC. Señora...

SOC. No me prive usted de tal placer. (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XIX.

RICARDO.—FEDERICO, por la primera puerta izquierda.

RIC. Y ahora cómo sale sin nada á la cabeza!

FED. (Saliendo de puntillas.) (Yo necesito verla. Calle, está solo!) Se firmó la paz?

RIC. La paz, eh? Ni acompañada de la caridad nos salva.

FED. Déjate de misterios y declamaciones.

RIC. Baja la voz, desdichado. Sabes quién está ahí?

FED. Almerinda.

RIC. Tu mujer.

FED. Chispas!

RIC. Rayos! digo yo. Escóndete.

FED. Cristo de los atribulados! Y sabe que estoy aquí?

RIC. Yo le he dicho que ha sido víctima de un engaño, pero si te pesca...

FED. *Requiem-eternam.*

RIC. Ocúltate, mientras yo veo si logro llevármela.

FED. Sí, llévatela, aunque sea al infierno.

RIC. Que viene!

FED. Fúgite! (Se va á escape por la segunda puerta de la izquierda, y queda escuchando detrás del cortinaje.)

ESCENA XX.

RICARDO, FEDERICO y SOCORRO por la primera puerta derecha.

SOC. Qué contento se ha puesto! Usted también debe estarlo.

RIC. Mucho!

FED. (Yo sí que estoy contento!)

SOC. (Pero señor, dónde estará ese pillo?)

RIC. En marcha?

SOC. (Mirando á la segunda puerta izquierda.) (Qué veo. Aquellos son sus piés; está detrás de la cortina. Ahora verás.)

RIC. (Con impaciencia.) Observe usted que es muy tarde.

SOC. No importa. Estamos solos?

RIC. Solitos.

SOC. Está usted seguro que nadie nos oye?

RIC. Nadie.

FED. (Es verdad, porque yo estoy muerto.)

SOC. Siendo así, siéntese usted que voy á hacerle una revelación.

RIC. Obedezco; pero sea usted breve. (Bueno estoy yo para revelaciones!) (Se sientan.)

FED. (Qué será!)

SOC. Ay! (Dando un fuerte suspiro.)

RIC. Le duele á usted algo?

SOC. Ay, sí! pero no es en el físico.

RIC. No comprendo...

FED. (Todo soy oídos.)

SOC. (De seguro que al oirme le va a dar perlesía.)

RIC. Hable usted.

SOC. Antes permítame que me aproxime. (Colocándose junto á él y mirándole con apasionamiento.)

RIC. (Ay, qué modo de mirar!) (Pausa.)

SOC. (Con creciente vehemencia.) Ricardo!

RIC. Qué?

SOC. Ricardo!!

RIC. Adelante.

SOC. Ay, Ricardo!!!

FED. (Y van tres.)

RIC. Diga usted, señora.

SOC. Usted es caballero?

RIC. Como el Cid.

SOC. Consecuente?

RIC. Como el Cid.

SOC. Reservado?

RIC. Como... el Cid.

FED. Ni el Campeador tendría fuerzas para estar como yo.)

SOC. Siendo así, oiga usted. Yo no he venido á esta casa por mi marido.

RIC. No?

SOC. No. Ha sido un pretexto. Estoy persuadida de que es incapáz de engañarme, y además me consta que ahora está en el Ministerio.

FED. (Ay, ojalá!)

RIC. (Más vale así.) Pues por quién?

SOC. Por usted.

RIC. Señora!

FED. (Horror!)

SOC. Al saber que tenía aquí citada á una mujer, me me he acordado de las insinuaciones amorosas que tantas veces me ha hecho, y los celos me han traido á ella.

RIC. Zambomba!

FED. (Caracoles!)
RIC. Señora, yo jamás le he dicho á usted ni una palabra. (Levantándose.)
SOC. Cómo no!
FED. (Sudo vitriolo!)
SOC. Ayer mismo, en la Exposición Filipina, viendo una colección de mariposas, me llamó usted lepidóptera.
RIC. Yo!
FED. (Si no estuviera en el Ministerio le extrangulaba.)
SOC. Atrévase usted á negarlo, arácnido!
RIC. Señora, rectifique usted, por Dios.
SOC. (Declamando.) Qué horrible desengaño! Y decía que me amaba!
FED. (Se me va la cabeza!)
RIC. (Si el otro la oye me voy á divertir.)
SOC. (Lo que puede el crimen! Estará como si le pincharan las pantorrillas y no se atreve á presentarse.)
RIC. (Dios mío, qué noche!)
SOC. Ricardo, yo no puedo soportar á mi esposo.
RIC. Pues échelo usted á la calle.
SOC. Es feo.
FED. (Mentira!)
SOC. Soso, frío...
FED. (Embustera!)
SOC. Qué hago con él?
RIC. Devolvérselo á sus padres.
SOC. (Con decisión.) No; prefiero abandonarle y que usted me robe.
FED. (Si se atreve le perdono.)
RIC. Ea, me voy, porque si no de aquí me van á llevar á Leganés.
SOC. Yo también me voy, pero va á ser para decirle á su esposa, qué casta de pájaro es usted.
RIC. (Anda, morena! Esto solo me faltaba.)

ESCENA XXI.

RICARDO.—FEDERICO y SOCORRO.—AUREA, por la primera puerta izquierda.

AUR. Terminó el enojo?

SOC. No, amiga mía. Tiene un carácter!... En nada me complace.

AUR. Ricardo! es posible? No es así mi Federico.

RIC. (Catapiúm, la bomba!)

FED. (Me partió!)

SOC. Porque le he dicho que tendría mucho gusto en que usted me enseñara la casa, se ha incomodado.

AUR. Qué tontería! El gusto será mío. Venga usted; empezaremos por esta habitación.

FED. (Quisiera evaporarme!) (Se van por la segunda puerta izquierda.)

RIC. (Animación creciente hasta el final.) Aquí ardió Troya! Quién demonios habrá traído á esa mujer! Como le cuente á la mía el parteo que estoy haciendo, me divide.

ESCENA XXII.

RICARDO.—FEDERICO, sumamente agitado, por la primera puerta izquierda.

FED. No puedo más, se me aflojan las rótulas.

RIC. Huye!

FED. (Cogiéndole del brazo.) A muerte!

RIC. Cómo!

FED. Os he oído.

RIC. Es una calumnia.

FED. (Rápidamente.) Espada, pistola, lanza, estacazo limpio .. como quieras, pero á última sangre.

RIC. Escucha.

FED. Estoy sordo. (Recorriendo la escena en todas direcciones.) Dónde estará mi sombrero?

RIC. Se aproximan.

FED. No hay quién me preste socorro?

RIC. Ahí está tu mujer.

FED. Valiente socorro! No, ese no.
RIC. Que llega.
FED. Dios mío, que se hunda el techo. (Se va precipitadamente por la primera puerta derecha.)

ESCENA XXIII.

RICARDO, SOCORRO y AUREA, por la primera puerta izquierda.

RIC. Esto se va poniendo peor que Bulgaria.
SOC. Todo está con mucho gusto.
AUR. Como cosa de Federico.
RIC. (Por qué no se quedará muda esta mujer.)
SOC. Pero, dónde está?
AUR. Poniéndose el frac, como si lo viera.
RIC. (Lo acabó de arreglar.) (Dando paseos en todas direcciones.)
AUR. Pero, hombre, no se mueva usted tanto; parece que tiene hormiguillo.
RIC. Quiá, no señora! (Lo que tengo es la tarántula.)
SOC. Es muy nervioso!
AUR. Já, já, já! Ea, continuemos. Por aquí; á ver si le gusta como está puesto el saloncito verde. (Dirigiéndose á la segunda puerta derecha.)
RIC. (A él sí que lo van á poner verde.)
SOC. Vamos allá.

ESCENA XXIV.

RICARDO.—SOCORRO y AUREA.—FEDERICO, corriendo por la segunda puerta derecha.

FED. Me escapo, aunque sea sin sombrero.
SOC. (Deteniéndole.) Alto!
FED. Socorro!!
SOC. Aquí lo tienes.
FED. (*Consumatum est!*)
AUR. Calle, y le tutea! Conoces tú á esta señora?
SOC. Y muy á fondo!
FED. Soy inocente.
SOC. Yo Herodes.

RIC. (Lo veo difunto.)
AUR. Qué significa!...
SOC. Significa que soy su esposa.
AUR. Es posible!
SOC. Y significa que desde ahora le condeno á peseta diaria, para que no pueda ser espléndido con sus... amigas.
FED. (Dios mio, pesetero!)

ESCENA XXV.

RICARDO.—SOCORRO.—AUREA y FEDERICO.—FILOMENA, con una tarjeta, por el foro derecha.

FILOM. Don Ricardo?
RIC. Qué?
FILOM. Preguntan por usted.
RIC. Quién?
FILOM. Una señora, y me ha dado esta tarjeta.
RIC. Dame. (Leyendo.) «Leona Verdugo.» Mi mujer! (Cayendo desplomado en una butaca.)
FED. Qué horror!
RIC. Se quedaron mis clientes sin médico.
SOC. (Buena le espera!)
RIC. Yo voy á echarme por el balcón.
SOC. (Deteniéndole.) Cálmese usted. Si me promete enmendarse yo le acompañaré y procuraré persuadirla.
RIC. Lo juro. Sea usted mi egída.
FED. Perdóname, no lo haré más. (Haciendo pucheros.)
SOC. A tí te pongo en cuarentena. (A Aurea.) Y en cuanto á usted, haga por cambiar de aires si no quiere que me ocupe yo de ello.
AUR. (Con desdén.) Sé lo que debo hacer.
FILOM. (Me parece que en esta ocasión no he sido buen Mercurio.)
AUR. Sígueme, Filomena. (Escribiré al barón del Salto.) (Se van las dos por la primera puerta izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA.

RICARDO, SOCORRO y FEDERICO.

FED. (No me atrevo á levantar la vista del suelo.)

RIC. (Qué ojo será el primero que perderé?)

SOC. Hélos ahí confusos, petrificados. A estos percances se exponen los maridos infieles, que teniendo la verdadera dicha en su casa, corren desatentados á buscar la ficticia fuera de ella. (Cogiéndoles de las manos y bajándolos al proscenio.) Vengan ustedes acá, libidinosos! (Haciéndoles levantar la cabeza y señalando al público:) Contemplen todos esos modelos que tienen delante y tomen ejemplo de ellos. Ni uno solo ha cometido en su vida el más leve pecado venial.

RIC. (No lo creo.)

FED. (Si hablaran sus mujeres no se armaría mal ciclón.)

SOC. Estaba por pedir que les dieran una grita.

RIC. Jesús! (Horrorizado.)

FED. No, por Dios! (Idem.)

SOC. No?

FED. No, que si la oye el autor se muere sin remedio.

SOC. Ay, es verdad! Le había olvidado. (Dirigiéndose al público.)

Queda la idea aceptada
en obsequio del autor,
y les pido por favor
le otorguen una palmada.

FIN DEL JUGUETE.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *don M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3 y Sres. González é hijos, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompa[illegible] su importe en sellos de franqueo ó libranzas [illegible] sin cuyo requisito no serán servidos.